

# LA NOVELA

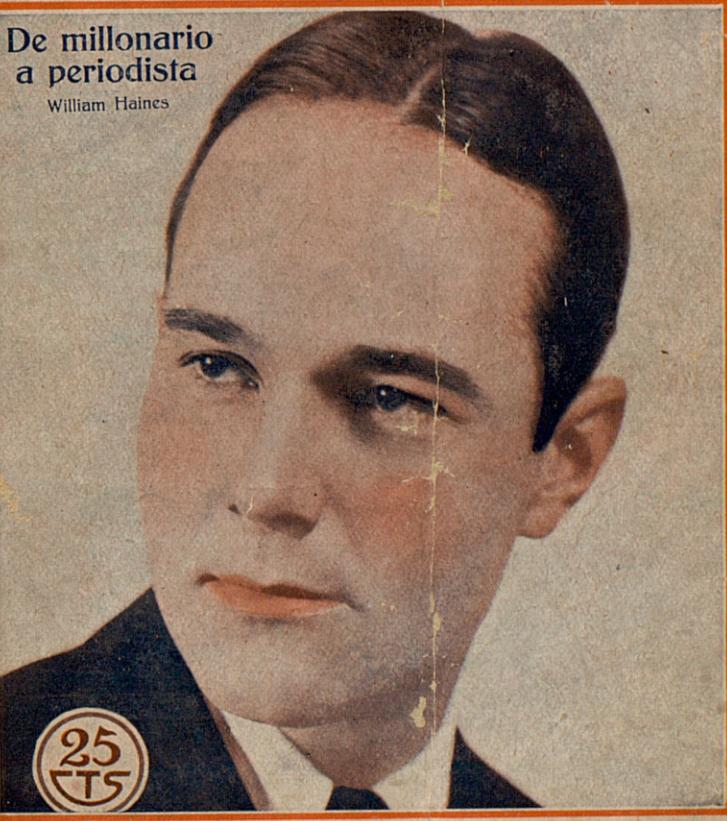


METRO-GOLDWYN-MAYER

IBERICA S.A.

De millonario  
a periodista

William Haines



25  
CTS

Wood, Sam

## LA NOVELA METRO-GOLDWYN-MAYER

IBÉRICA, S. A.

Año III Publicación Semanal de argumentos

Núm. 25 de películas de

85 METRO GOLDWYN MAYER Cénts.

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 18551 - Barcelona

## De millonario a periodista

(TELLING THE WORLD, 1928)

Novela de aventuras, interpretada por

WILLIAM HAINES Y ANITA PAGE; y otros

notables artistas.

Es una Producción

FIRST NATIONAL

DISTRIBUIDA POR

METRO - GOLDWYN - MAYER

IBÉRICA, S. A.

MALLORCA, 220 - BARCELONA

Venue : National Film Archive - BRITISH FILM  
INSTITUTE : n° 1951



## De Millonario a Periodista

### Argumento de la Película

Naturalmente, todos los hombres no miran a las mujeres que pasan por la calle... sino a una parte de ellas. Y casi todos coinciden en que esta parte sea la más baja.

Una linda damita iba de paseo y, de pronto, dejó caer al suelo su fino cendal, con la manifiesta intención de que lo recogiera un caballero. La damita era de la categoría de las frívolas.

Un elegante joven que vió el juego de la niña, saltó por encima del pañuelo, muy cómicamente, y alcanzando a la dueña del mismo, le dijo, no menos cómicamente:

—Amiguita, allí está su pañuelo...

Saludóla y continuó su camino; y la damita, chasqueada, hizo un mohín de disgusto.

El elegante joven en cuestión estaba sin trabajo. Necesitaba emplearse en cualquier cosa y no se le ocurrió nada mejor, al ver

salir en tropel a los vendedores de un periódico, que entrar en la redacción de un diario y, enfrentándose al jefe de la misma, exclamó:

—Se le presenta la oportunidad de dar trabajo al mejor repórter del mundo. Dígame lo que he de hacer.

El jefe le miró con cara de pocos amigos y repuso:

—¡Marcharse inmediatamente y dejarme en paz!

Pero el joven, que, como hemos dicho, necesitaba trabajar y no era de los que dan su brazo a torcer, prosiguió tranquilamente:

—Podríamos empezar por una información de la vida escandalosa del hijo del banquero Davis.

El jefe le miró sorprendido y contestó:

—¡Me ha ganado usted! ¿Dónde se encuentra ese joven?

El solicitante adoptó una actitud napoleónica y presentóse:

—Aquí me tiene en persona, a su disposición.

¡El era el hijo del banquero Davis!

El asombro del jefe y de otros periodistas que le habían escuchado con curiosidad no es para descrito.

Eran muchos los repórteres que iban a caza del hijo del acaudalado banquero Davis,

para informar al público de los motivos de la disputa que había separado a padre e hijo.

El jefe aceptó, pues, encantado que el propio Davis se ofreciera para hacerse una entrevista a sí mismo y concretó con el interesado:

—Lo primero que tiene que hacer es visitar a su padre e informarnos por qué le puso a usted en la calle.

El joven Davis no se hizo repetir la indicación y echó a correr en dirección a su casa. Al llegar al pie de la misma, vaciló entre entrar y alejarse tan de prisa como había llegado, temeroso de la cólera de su padre; pero, sacando fuerzas de flaqueza, se decidió a dar la cara a su buen viejo, que bueno era, a pesar de su agrio carácter.

El criado no volvía de su asombro al ver allí al hijo rebelde, y Davis tuvo que repetirle varias veces que, en efecto, a quien quería ver era a su padre.

El banquero estaba comiendo, muy ajeno a que le iban a cortar la digestión.

Antes que el criado le hubiese anunciado, Davis presentóse en lo alto de la escalera que conducía al comedor y saludó tranquilamente a su deudo.

El gran financiero, al verle, levantóse furioso y le increpó de esta suerte:

—¡Insolente!... ¿Cómo te atreves a volver por casa?

Mostrándose lo más humilde que pudo, Davis, que tenía un pie en la puerta, por si acaso, inquirió:

—¿Me dijiste en serio todas las barbaridades de anoche, mi querido papá?

—¡Todas, y otras más que voy a decirte ahora!

—¿Por qué no empiezas tu nuevo discurso repitiéndome las de ayer despacito para que pueda tomar nota de ellas?

Y, block-notas y lápiz en ristre, se dispuso a copiar los epítetos de su padre.

El viejo, rojo de indignación, no se cansaba de "pipear" al muy fresco de su hijo; pero éste le interrumpió de súbito, para decirle:

—¿Cómo se escribe "desvergonzado"?

El banquero se le quedó mirando atónito y le dijo:

—Pero, explícate de una vez. ¿Qué estás haciendo ahí?

—Soy repórter del Diario de Informaciones y estoy practicando una información para la edición de la tarde.

El airado padre dió un salto de tigre, al tiempo que gritaba:

—Déjame en paz de una vez y procura que no vuelva a verte!

Y Davis, demostrando que era un hijo

obediente, salió volando de allí. ¡Ya tenía bastante materia para su artículo!

\* \* \*

Al día siguiente, el mundo tenía un nuevo repórter. ¡Y qué repórter!

El artículo que escribió sobre sí mismo, relacionado con la vida nocturna de la juventud moderna, había de dar a Davis, según él, una gran popularidad. El redactor-jefe reconoció que el nuevo periodista tenía estilo y aptitudes, pero no estaba muy convencido de que hiciera carrera, juzgándole tan frívolo como su escrito.

Davis no cabía en la piel pensando en que su nombre sería repetido por millares de personas que se harían lenguas de su habilidad periodística.

Paseábase por la sala de la redacción como un rey en la corte, considerándose infinitamente superior al mejor de sus compañeros.

Trató de conseguir que los demás repórters le dieran su opinión respecto a su artículo; pero ninguno le hizo caso, tomándole sin duda por un desequilibrado o por un excéntrico hijo de millonario.

La telefonista de la redacción era un encanto, y algo más, si se miraba el par de pedestales que sostenían su edificio y que acariciaban unas medias de seda finísimas.

Davis, mareado ante aquella visión, acercóse a la muchacha y mostrándole el periódico le señaló su firma al pie del artículo, para que supiera que el firmante era él, y se puso a requebrarla sin ton ni son.

Pero la telefonista no estaba para cuentos tárteros y lo mandó con viento fresco.

Decididamente, aun no había conquistado el puesto que él creía merecer en el periódico; pero pronto habría de demostrar su valer. Y, galante, dijo a la chiquilla:

—Cuando no le quede ningún novio, que los debe tener usted a docenas, acuérdese de mí y no pierda las esperanzas.

Siguió paseándose por la redacción y, de pronto, detúvose ante una máquina que escribía sola. ¡Qué cosa más rara!

Davis buscaba al mecanógrafo y como no le encontrase, preguntó a un empleado inmediato a dicha máquina:

—¿Qué cacharro es ese tan complicado?

—Gracias a esas máquinas eléctricas, las agencias informativas envían noticias a mil periódicos a la vez.

Davis pasmóse. ¡Demonio, a mil periódicos a la vez! ¡Eso sí que era trabajar no haciendo nada! Y, entusiasmado ante la

idea de que su firma fuese reproducida en casi todos los periódicos del mundo en un abrir y cerrar de ojos, pensó que él serviría a maravilla para dictar sus noticias a una de dichas máquinas. Y sin encomendarse a Dios ni al diablo, acercóse al jefe y le dijo:

—Quisiera que me diera la plaza de corresponsal extranjero en París.

El era así. No se detenía a pensar que los corresponsales extranjeros que enviaban los despachos que reproducían esas máquinas habían de trabajar muchos años para conseguir tan interesante plaza.

El jefe le miró con mal reprimida ironía, y contestóle:

—No podemos prescindir de usted por ahora, señor Davis...

¡Ah, santa palabra! El "factotum" de aquella casa alababa sus méritos.

—¡Bien! —dijo Davis—. Me resigno, ya que soy tan necesario en esta casa.

Y su contestación le valió una nueva mirada irónica del jefe, quien añadió:

—En premio a su trabajo, voy a ponerle en la "Sección de última hora".

Davis se creyó en el limbo, pues consideraba aquella plaza como la mejor del diario, y su ingenuidad provocó risitas en los compañeros que escucharon las palabras del jefe,

\* \* \*

Desde aquel mismo día, Davis quedó encargado de la "Sección de última hora", la guardia interminable y aburrida de la madrugada, cuando nunca ocurre nada.

Uno de los periodistas del diario, la había tomado con Davis. Era un muchacho moletudo, capaz de reírse de su propia sombra... sin perjuicio de que su sombra le molestara a él. Los aires de triunfador de Davis le molestaban, y para sofocárselos le preparó una treta, en combinación con otros compañeros. Se hallaban todos reunidos en el café del "Pájaro Verde", establecimiento frívolo de la ciudad, donde las mujeres ligeras alternaban con los hombres necios, y dijo el burlón a sus amigos:

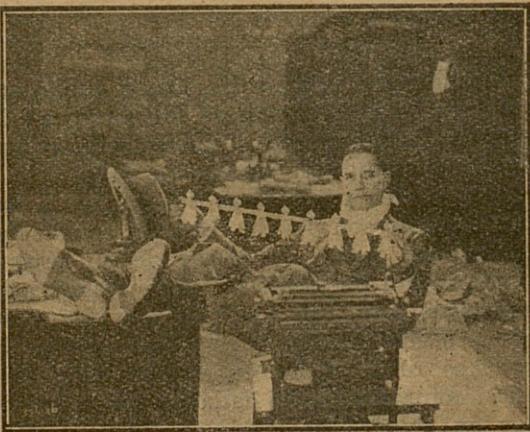
—Vais a ver la carrera que se va a dar el nuevo repórter.

Y acto seguido se dirigió a la cabina telefónica y llamó al periódico. Se puso al aparato el redactor que estaba con Davis.

—Ha ocurrido un asesinato en el café del

"Pájaro Verde" — dijo el bromista —. Envíen un repórter inmediatamente.

Convenía obrar de prisa. Era ya muy tarde, y sería muy interesante que la edición de la mañana apareciese con el reportaje sobre dicho asesinato.



*hacía muñecos de papel.*

Davis hacía muñecos de papel para matar el aburrimiento, y el redactor le llamó, tratándole como a un chiquillo:

— ¡Venga acá!

Le enteró de lo que tenía que hacer y como no confiaba mucho en él, añadió:

— Si ocurre algo interesante, avísemese pa-

ra que pueda mandar a un buen repórter.

Davis le miró con piedad y repuso:

— ¡No se preocupe, mandándome a mí, es como si enviara al propio Shakespeare!

Dirigióse rápidamente hacia el café del "Pájaro Verde".

Allí no había ocurrido nada, como ya sabemos, pero podía ocurrir. Esto quiere decir que el bromista no se imaginaba que el "crimen" que él anunciara se estaba cometiendo en aquellos momentos.

En efecto, un caballero levantóse de una de las mesas y fué a la cabina del teléfono. Esperaba una cita que no había acudido y deseaba saber las causas de su ausencia.

Tres sujetos de cara dura que ocupaban una mesa inmediata al teléfono, se miraron a un tiempo, al ver pasar a aquel caballero y se hicieron una seña, a consecuencia de la cual uno de los tres hundió una mano en un bolsillo de su americana y, levantándose de la mesa, siguió discretamente al precitado caballero. En tanto, otro de los tres se preparaba para descorchar una botella de champaña. Todo estaba bien preparado. Cuando el que seguía al caballero le disparase el revólver que empuñaba en el fondo del bolsillo, el de la botella de champaña haría saltar, con el consiguiente estrépito, el tapón de la misma, y así, el

ruido del disparo sería dominado por la explosión natural del espumoso.

Todo salió a pedir de boca. El tiro no alarmó a nadie, puesto que no fué oido.

En cambio, una de las mariposas de aquel lugar, que se hallaba sola en una mesa esperando a dos parroquianos, vió al bribón disponiéndose a matar alevosamente al hombre del teléfono y quiso impedir el asesinato; pero un camarero que vió cómo ella la tragedia, impidióle que diese el menor grito, temeroso de que al ser descubierto el bandido, disparase contra ellos dos.

Era mejor callar, fué un momento de cobardía del camarero, que bastó para que el criminal realizase su hazaña.

Cometido el crimen, el asesino se reunió con sus compañeros, y en aquel momento Davis entraba en el café.

Muy decidido dirigióse a un camarero y le preguntó:

—¿Dónde está el dueño?

Este le fué indicado y alcanzándole, Davis le dió un fuerte golpe en la espalda e inquirió:

—¡Bien! ¿Dónde está el cadáver?

Los tres bandidos oyeron esta pregunta y miráronse con cara de espanto. ¿Qué decía aquel muchacho? ¿Cómo sabía que se

había cometido un crimen, si apenas llegaba de la calle?

El dueño observó a Davis, creyendo que estaba bebido; pero éste continuó:

—Soy repórter y he venido para hacer la información del asesinato.

El dueño observó nuevamente a Davis, y como viera que no estaba borracho, le tomó por loco.

El criminal adelantóse a Davis y, malcarado, le preguntó:

—¿Qué le sucede, joven?

La mirada del bandido intimidó a Davis, y sólo le faltó que el dueño, que había comentado con unos amigos la pregunta del repórter, le dijera:

—Sin duda se han reído de usted. Creo que si se hubiera asesinado a alguien en mi casa, yo estaría enterado.

—Ah, ya! Comprendía, y dijo:

—Sin duda algún compañero ha querido mírse de mí.

Y añadió:

—Ya que he terminado mi investigación, puedo usar el teléfono?

—Desde luego.

Los tres bandidos volvieron a cruzar sus miradas, y viendo que Davis se dirigía a la cabina donde estaba el muerto, el criminal fué tras él, empuñando la pistola homicida.

Davis iba a abrir la cabina, cuando el asesino, encarándosele, paralizó todos sus movimientos. Davis había visto ya a un hombre en el teléfono, y, comprendiendo por su posición y por un cigarrillo que se consumía entre sus dedos, quemándose los hasta producirle llaga, que estaba muerto, dijo al bandido:

—Ese hombre está muy quieto. Sin duda se está confesando por teléfono.

Y el bandido, sin dejar de herirle con sus miradas, asintió.

Davis se había hecho ya la composición de lugar y, cediendo amablemente al bandido el primer turno en entrar en la cabina, haciendo ver que creía que él también quería telefonear, dirigióse prestamente hacia el despacho del café, donde había otro aparato telefónico y llamó a la policía.

Pero cuando apenas tenía puesta la comunicación, apareció otra vez ante él el bandido, con la mano en la culata de su revólver, escondido en un bolsillo de la americana.

Davis aguzó el ingenio. No era caso de acobardarse, y dijo al policía que esperaba sus noticias:

—¿Eres tú, nena?

—Déjese de tonterías! Está hablando con la Jefatura de Policía—le contestaron

desde el otro extremo del hilo.

—¡Ya lo sé, nena! Pero, ven en seguida al café del "Pájaro Verde" y no discutas más.

Sin duda, el policía, avezado a toda clase de astucias, comprendería la empleada por el comunicante.

Para disimular ante el bandido, Davis le dijo al colgar el aparato:

—Así se trata a las mujeres. Se les grita y siempre le hacen caso a uno.

Pero el bandido no era tampoco tonto, y no estaba dispuesto a dejarle salir del despacho. Consideraba a aquel entrometido jo-



—¿Eres tú, nena?

ven un estorbo, y a los estorbos él los obsequiaba con uno de sus "confites". Pero la Providencia estaba de parte de Davis, y se presentó ante él en la grácil persona de la mariposa del café que había sido testigo ocular del crimen.

Muy cariñosa, la muchacha entró en el despacho y dijo a Davis:

—¿No se acuerda que me pidió este baile?

Y ni que decir tiene que Davis aceptó que le librasen del terrible apuro en que se encontraba.

Más que bailar, Davis temblaba como un azogado.

Buscó varias salidas, pero todas ellas estaban cerradas por los tres bandidos. Le cercaban, sin duda, para aprovechar la primera ocasión de descerrajarsele un tiro a quemarropa impunemente.

La música había cesado de tocar y aun Davis seguía bailando, a pesar de que su pareja quería conducirlo a su mesa.

La concurrencia creyó que Davis estaba completamente borracho, y lo jaleaba.

El pobre Davis, que esperaba de un momento a otro recibir una bala de aquellos caras duras, volteaba vertiginosamente, deseando perderlos de vista, y de pronto, desplomóse pesadamente en el suelo.

Pero...

No se hizo mucho daño, porque cayó sobre alguien, y ese alguien era el policía que había recibido su comunicación en la Jefatura y que acababa de llegar con numerosos agentes.

Quedaron cerradas todas las salidas, se procedió a una detención general. Los bandidos no pudieron huir, por haber quedado policías en las inmediaciones del local, y gracias a Davis, fué descubierto el asesinato.

Inútil decir que llovieron sobre el arrojado mozo las más calurosas felicitaciones del jefe de policía por tan importante servicio. Todo ello hizo que Davis se considerara el hombre más famoso del mundo.

Su más entusiasta admiradora era la gentil mariposa que bien podía decirse que le había salvado la vida.

Ella, como todos, había sido detenida, por lo que Davis se apresuró a decir al jefe de los agentes:

—Esa señorita es amiga mía.

La mariposa fué libertada inmediatamente y Davis la mandó a vestirse y al poco salía con ella, como César, hacia la redacción del periódico.

\* \* \*

A la madrugada, cuando llegaron a la redacción los redactores para terminar el dia-

rio, el bromista, que con sus amigos se había ausentado del café del "Pájaro Verde" apenas hubo telefoneado que mandasen un repórter, por lo que no estaba enterado de lo ocurrido, saludó sonriente a Davis, diciéndole:

—¿Cómo se encuentra el célebre periodista esta mañana?

Y cuando esperaba oír de labios de Davis un exabrupto, sorprendióle esta respuesta:

—¡Muy bien! En uno de sus grandes éxitos periodísticos.

Y como si no hubiera esperado otra cosa que la llegada del bromista, Davis salió de la redacción para irse a dormir; pero antes dijo al jefe, tratándole de igual a igual:

—Si me llamara el Presidente de la República, avísenme a casa.

Una vez en la calle, un chofer le gritó desde su coche, al ver que Davis no tenía intenciones de subir a él:

—¡Oiga, todavía estoy esperando!

¡Caramba! Era cierto, el buen hombre llevaba dos horas aguardándole y, lo que era peor, dentro del coche dormitaba la linda mariposa, cobrándose un anticipo del descanso que merecía.

Davis subió al auto, acomodándose frente a la durmiente y dió estas señas al conductor:

—Vaya a la calle 82, número 213.

Pero, en aquellos momentos, la linda joven despertó y rectificó las señas dadas por Davis:

—No, al número 320 de la calle 15.

Davis se encogió de hombros y se echó a dormir.

Al llegar a la dirección indicada por la muchacha, Davis apeóse y despidió al chofer.

La jovencita se despidió de Davis a la puerta de su casa; pero éste, no limitándose a dejar en la puerta a su acompañada, subió hasta el piso y entró en él, para seguir hablando.

La muchacha, Crystal, no pudo menos de sospechar que Davis creía que ella era en razón de su profesión, una conquista fácil, y tomó sus precauciones para evitar cualquier atrevimiento.

Pero nada más lejos del pensamiento de Davis, que era un caballero y sabía demostrarlo. Si había subido al cuarto de Crystal, era porque no podía tenerse ya en pie, y como suponía que allí habría una cama, no quiso esperar más tiempo para echarse a dormir.

Crystal había querido echarlo, pero al ver que a los pocos instantes de echarse en la cama ya dormía, desistió de sus intenciones y contemplándole extática al pie del

lecho, fué asimismo entregándose al sueño sentada en el suelo y apoyada su linda cabeza sobre la cama.

Los rayos del sol despertaron a Davis, quien al ver a los pies del lecho a Crystal, no pudo resistir a la tentación de besarla en los labios.

La caricia despertó a la muchacha, y lejos de enojarse, sonrió a su amigo.

Davis comprobó en su reloj que era muy tarde, y exclamó saltando de la cama:

—Mi artículo hace horas que está impreso y no le he visto todavía.

Hizo su "toilette" en un santiamén, y mientras se secaba el rostro comentó con orgullo:

—¡Es cómico! Mientras yo duermo tan tranquilo, mi público espera ansioso mis crónicas.

Despidióse cariñosamente de Crystal, sin atreverse esta vez a besarla, porque estaba despierta y dirigióse al periódico.

\* \* \*

A un éxito sucedió otro. Naturalmente, no había crímenes todos los días, pero Davis pudo demostrar su habilidad en otros asuntos de mucho interés para el público.

Como ya había demostrado bastante que era un gran elemento en la redacción del diario, quiso realizar su ilusión y escribió esta nota al jefe:

"Después de haber estado tres meses poniendo en marcha su periódico, creo que puedo abandonar la oficina, y espero que me reservará la plaza de corresponsal en París.

Davis."

"*Postdata.* — Lo tengo todo dispuesto para salir en el "Berengaria", que zarpa el 27."

Crystal había esperado en vano la visita de su amigo. No le había visto más desde aquel día, y no pudiendo esperar más tiempo su visita, se decidió cierto mediodía a ir a esperarle a la puerta de la redacción. Iba cargada con los paquetes de la comida.

Cuando el jefe leyó la nota que le había dejado en sitio bien visible Davis, no pudo contener su furor, un furor cómico, e hizo ademán de arrojarle un objeto a la cabeza, ante lo cual Davis puso pies en polvorosa, esperando mejor ocasión para insistir de nuevo en su propósito.

Ya en la calle, no vió a Crystal, y ésta le siguió deseando darle pronto alcance, pero no consiguiéndolo, porque Davis caminaba muy de prisa, como si le persiguiese algún acreedor.

Para algo había de servir la astucia femenil en aquel caso, y Crystal, dando un rodeo, se plantó inopinadamente delante de

Davis, y antes de que éste la viese, dejó caer al suelo un paquete; y como un paquete no es un pañuelo, esta vez, el joven se agachó a recogerlo.

¡Cuál no sería su sorpresa al encontrarse delante de la gentil Crystal! Ella tuvo que reprimirse para no demostrar con exceso la alegría que le producía el volver a ver, al fin, a Davis, hacia el que la atraía una viva simpatía que ya pisaba los linderos del amor.

Por su parte, Davis mostróse muy complacido, pero no se le ocurrió disculparse por no haberse dejado ver durante aquellos tres meses.

—¡Hola, señorita! ¿Dónde se ha metido todo este tiempo?

Crystal no le contestó; de hacerlo, hubiese tenido que reprocharle su desatención no visitándola ni una sola vez, cuando ella tenía tantos deseos de que lo hiciera.

Al fijarse en los numerosos paquetes que la joven llevaba, Davis hizose cargo de ellos y como descubriese, por la forma de alguno de ellos, que contenían manjares, comprendió, y preguntó a Crystal:

—¿Cómo? ¿Usted misma cocina?

Ella, risueña, contestó afirmativamente.

—Ya tiene usted un invitado. Hace tiempo que no he probado comida casera.

Y acariciando uno de los paquetes, añadió Davis:

—¡Mi fruta favorita!... ¡Costillas de carnero!

Y aquella fué la comida más agradable para Davis. Secundó en la cocina, a su manera, a Crystal, y todos los platos les parecieron a ambos los más ricos del mundo.

De sobremesa Davis contempló un retrato antiguo de numerosas colegialas, y descubriendo entre éstas a Crystal, muy mona con su uniforme, comentó:

—El tiempo no se ha portado mal con usted.



*Los dos se gustaban.*

Y la miraba con intensa admiración.

—Es usted muy bonita. Deberíamos ser buenos amigos.

Y ocurrió lo que tenía que ocurrir. Los dos se gustaban y sus labios lo demostraron.

La escena de las caricias a que como consumados actores se libraban, fué interrumpida por la inesperada llegada de una amiga de Crystal. Era ésta una compañera de profesión.

Crystal fué a su encuentro y la recién llegada empezó por decir:

—Dispénsame por interrumpirte la lección de música.

Arrebolada, Crystal rumoreó:

—Es... un amigo...

—¡Ya! ¡Ya lo veo!

Davis dirigía furibundas miradas a la importuna, y llegó en su indignación al extremo de hacer un gesto que significaba que se marchase pronto.

Lulú, la amiguita en cuestión, expuso en breves términos el motivo de su visita.

—Feimberg está organizando una compañía de variedades con destino al Extremo Oriente. Salimos esta noche y Feimberg quiere que vayas con nosotros.

Crystal miró a Davis, y como si éste mandara en sus actos, le preguntó:

—¿Qué le parece a usted, Davis?

Displicente, él contestó:

—¡Malo!... ¡El Oriente! ¡Quién sabe lo que pasa en Oriente!...

Y ante esta respuesta, Crystal dijo a Lulú:

—Gracias, amiga mía, pero no me decidí...

Lulú observó a Davis y preguntó a su amiga:

—¿No es ese el periodista de los sucesos?

—Sí...

—No seas tonta, no te vayas a enamorar de un bohemio. Estos dan periódicos para comer...

Davis miró a su vez despectivo a Lulú, y le dijo secamente:

—No la hará usted cambiar de idea.

Lulú encogióse de hombros, besó a su amiga y exclamó dirigiéndose a Daxis:

—¡Adiós, grande hombre!

Cuando quedaron a solas, Davis recordó sus deseos de ir a París y habló de ello con Crystal.

—En la oficina dicen que me van a mandar a la capital de Francia...

Pálida de emoción, Crystal preguntó:

—Y ¿cuándo se irá?

—De un momento a otro, según supongo.

Y como no precisaba si partiría solo... o con ella, Crystal no pudo reprimir unas lá-

grimas, que Davis no vió, y se abrazó a él cariñosamente.

En aquel instante llegó otra visita importuna, más importuna que la otra, por cuanto venía en son de guerra. Era la portera. Había visto entrar a Davis en el cuarto de Crystal y recordaba que era el mismo que tres meses atrás había pasado la noche con ella.

Por celos, más que por otra cosa, pues era vieja y no había quien le diese un peñizco en la cadera, la tosca mujer dijo groseramente a la gentil Crystal:

—Ya debería haber supuesto que tomando a una bailarina tendría bastante visitantes...

Davis tomó cartas en el asunto, y considerando que un hombre no puede luchar con una mujer, por más deseos que tenga de aplastarle la nariz, y que la cosa se ponía fea para el buen nombre de Crystal, decidió que ésta abandonase inmediatamente aquel cuarto.

Y no encontró nada mejor que llevársela a su casa... porque llovía y no podían perder el tiempo buscando otro alojamiento en un día tan inclemente.

El piso de Davis era muy coquetón. Tenía un saloncito-biblioteca con chimenea, que se apresuró a encender para que Crystal reaccionase del frío.

Davis había pretextado el mal tiempo

para conseguir que Crystal aceptase ir a su casa; pero en realidad, lo que quería era que se quedase en ella.

—En qué condiciones?

—Un poco libres, sin duda...

Prueba de ello fué que, al provocar Davis un momento sentimental, y al decirle Crystal que le amaba con toda su alma, correspondiendo a lo que ella creía declaración sincera de amor, él, comprendiendo súbitamente el daño que causaba a aquella mujer permitiéndole alimentar esperanzas que él no estaba convencido de cumplir, deshizo suavemente el abrazo...

Crystal comprendió perfectamente el cambio operado en Davis, y aunó toda su voluntad para disimular la congoja de su alma.

Se había enfriado el amor, y Davis, como si deseara huir cuanto antes de la tentación, despidióse de Crystal diciéndole:

—Tengo que ir un momento a la oficina.

Ella le miró con infinita amargura y, como si hubiera tomado una firme resolución, muy íntima, muy dolorosa, murmuró:

—¡Adiós, Davis!...

Era un adiós de despedida; pero Davis no lo comprendió así.

Cuando quedó sola, Crystal meditó sobre la resolución que había tomado. Vacilaba aún, porque amaba a Davis y no quería desprenderse de las últimas esperanzas;

pero, al fin, después de haber contemplado los retratos de la familia de su amado, que ocupaban lugar preferente en el salón, comprendió que era una quimera pensar que una mujer de su profesión, aunque fuera honrada, pudiera emparentar con firmas famosas. No titubeó más y llamó por teléfono a su amiga Lulú, la cual se hallaba con sus compañeras en el despacho del empresario.

—¿Quiere todavía Feimberg llevarme a Oriente?

—¡Ya lo creo, hijita! Estábamos hablando precisamente de ti.

—Pues bien; iré con vosotros...

—Te esperaremos en la estación.

Entretanto, Davis, que había, por su parte, reflexionado sobre el caso que se le presentaba en Crystal, acabó por confessarse a sí mismo que ella era la única mujer que había logrado hacer palpitar con verdadero amor su corazón; y para concretar las cosas con ella, entró en una joyería, uno de cuyos escaparates estaba exclusivamente adornado con anillos nupciales, y adquirió uno, el más bonito, para su amada.

Pero... ¡Qué cosas tiene el destino! Cuando Davis regresó a su casa, Crystal se hallaba ya camino de Oriente.

\*\*\*

Transcurrieron tres semanas. Davis no sabía nada de Crystal y se reprochaba e no haber sabido apresar a tiempo la felicidad, cuando ésta se le ofrecía tan generosamente.

Estaba aburrido, no era el mismo de antes, y como en la redacción fué notada su melancolía, que se acentuaba por momentos, el redactor-jefe tuvo, un buen día, la satisfacción de llamar al desengañado y decirle:

—¡Una gran noticia, amigo Davis! He conseguido su nombramiento para París...

Pero Davis, lejos de lo que creía el jefe, no recibió esta noticia con la satisfacción que hubiera producido en él en otras fechas.

—¿No se alegra usted?—preguntóle el jefe.

—No, no es eso. Le estoy muy agradecido, pero no voy a París. Voy al Extremo Oriente...

—Pero, ¿se ha vuelto usted loco?

—¡Nada! ¡He dicho al Extremo Oriente, y no hay otro extremo que ese!

Y se fué...

En el Asia, le ocurrieron algunas peripecias, pues contrastaba mucho el carácter de aquellos exóticos con el suyo, pero, por fin, pudo trasladarse, no sin haber sido prevenido de que corría peligro, pues hal revolución, a Yankin, donde sabía se encontraba su Crystal con la compañía de variedades de Feimberg.

El dios Amor quería premiar la buena acción que se proponía hacer Davis brindando su cariño a la que tanto le quería, y como ese dios es tan caprichoso, hizo que Crystal se viese acusada por unos generales chinos de haber asesinado en el jardín del teatro donde actuaba la compañía, al gobernador del país, cuando, en realidad, el asesino era uno de los citados generales.

Toda la compañía fué detenida, por asegurarse que había en ella un criminal y sospechando que los demás eran cómplices.

Davis llegó en momento tan crítico, y enterado de lo ocurrido solicitó audiencia con el general, acompañándole el sacerdote cristiano de su país.

Antes de que el general accediese a recibirla, Davis se ingenió para llegar hasta el despacho donde se hallaba instalado el aparato de radio y obligó al telegrafista a lanzar un mensaje pidiendo socorro a to-

dos los barcos americanos y al cónsul y representantes americanos en el país.

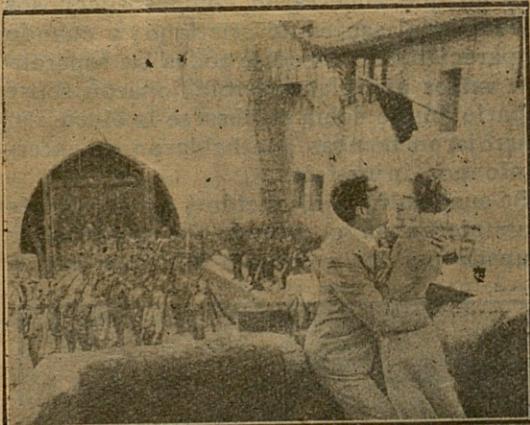
Crystal debía ser ejecutada al amanecer. Estaba encerrada en una celda inmediata a la en que encerraron como sospechosos a Davis y al sacerdote cristiano; y cuando ya parecían desvanecerse todas las esperanzas, varios aeroplanos evolucionaron sobre el patio donde debía celebrarse la ejecución y arrojaron bombas que hablaron de exterminio por injusticia.

Se suspendió la ejecución y poco después irrumpieron en el palacio del gobernador ocupado por los generales desleales varios



... solicitó audiencia con el general.

destacamentos de soldados americanos y se restableció el orden, impidiendo el criminal intento del verdadero asesino del gobernador.



*... Y con ella a su amada...*

Davis recobró la libertad, con el sacerdote cristiano, y con ella a su amada, a la que se unió en santo lazo allí mismo, oficiando el sacerdote de su país, que les había sido tan oportuno como el que Davis llevara en su bolsillo el anillo de compromiso que comprara para su amada.

Y aquella fué la información más sensacional de su vida...

FIN

[B.]